

# OTOÑO, 1981

Enrique López Aguilar\*

*A Marta, aquí, en la vida.*

**E**scribo para darle forma a la desdibujada vida, que constantemente se nos va de las manos y cuya apariencia es la del agua: diáfana, fluyente, inasible, siempre igual pero distinta. He llegado a creer que, de la manera más vampiresca, escribo para no olvidar, para entender, para que las personas y las cosas no se vayan de esta materia mortal, mi cuerpo (ni de la mano, instrumento que emplea para escribir, ni del papel ni la pluma y las palabras: escribir es, entonces, una batalla contra el tiempo). Acaso escribo para moldear esa reacia materia cuya sustancia es de memoria y olvido.

El encuentro que voy a relatar fue, en realidad, un reencuentro, puesto que a él ya lo conocía (aunque menos que ahora). La ilusión de conocerlo *personalmente* fue la consecuencia de haber frecuentado sus palabras con asiduidad, de haber pasado de la admiración por lo que decía (y por cómo lo decía) a un atento discipulado que él siempre ignoró, al hecho de que también fuera amigo de otros amigos míos y, desde luego, al hecho de que estuviera vivo. Su voz no me era ajena, puesto que dos discos suyos me la habían acercado hasta la casa, lo mismo que su aspecto general, anécdotas e imágenes, si bien es cierto que ya me había acostumbrado a escucharlo con los ojos, como quiere la hipálage sorjuanesca. Es cierto que no era mi exclusivo amigo, puesto que muchas personas también sentían esa cercanía

con él, pero es válido decir que nuestra relación era extremadamente personal.

Me enteré de que venía a México gracias a esos mecanismos que impiden que uno no termine en la ignorancia de la realidad:

—¿Sabes que Borges va a venir al Festival de Poesía de Morelia?

No, no lo sabía, pero desde ese momento preparé las cosas para no faltar a la capital michoacana: Lalú y Julio, mis tíos, eran administradores de un hotel cuya ubicación resultaba privilegiada: al otro lado del inmenso parque donde se encuentra el Centro de Convenciones. Gracias a ellos, la estancia y los alimentos fueron gratuitos. Pagué la inscripción, desde México, para asistir como espectador, y mi entonces flamante Renault me transportó eficazmente hacia territorio purépecha. Me acompañaron Blanca Luz Pulido, una de las poetisas más elegantes de mi generación, y Pepe Martínez Torres, su entonces marido.

Durante una semana tuve tiempo para conocer Morelia, Pátzcuaro, Quiroga y Zirahuén, para probar las enchiladas placeras, recorrer todos los mercados posibles y mandar hacer una vajilla de barro en Capula, para doce personas, pues los recitales poéticos se realizaban por la tarde. En el mercado del centro de Morelia pude recordar una anécdota atribuida a un poeta local: al anochecer, decidió que necesitaba una cebolla para cocinar y se dirigió al mercado; como ya era tarde (serían las ocho) sólo encontró los últimos puestos, a medio cerrar. El poeta se acercó a una marchanta y le pidió:

\* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

—¿Me da una cebolla?  
—Ya no me quedan, señor, es muy tarde.  
—Entonces, algún sucedáneo.

Por las tardes, entre los intermedios y durante el recital, pude mirar a muchos poetas, jóvenes y viejos, desconocidos y famosos: Allen Ginsberg, Günther Grass, Michael Hamburger, al novelista Rubén Salazar Mallén, a Elías Nandino, Verónica Volkow, Sandro Cohen, Vicente Quiarte, Gaspar Aguilera Díaz, Ángel José Fernández... y a un ruso, de cuyo nombre no quiero acordarme y que, más que leer sus poemas, los proclamaba como si fueran la *Obertura 1812*:

— ¡Grrrááznaiaaaaabrrroooríííinnnnkoooooioooioo...!

Declamó algo que se llamaba "Las campanas", como el poema de Poe, pero ahí se detenían las semejanzas.

En realidad, entre el barullo de intelectuales de provincia, intelectuales capitalinos (la diferencia entre ellos es que unos son engolados y los otros, insufribles), estudiantes adormilados de primaria, secundaria y preparatoria, morelenses despistados y público diverso, el día esperado era el viernes:

—Es que ese día llegan Borges y Paz con el presidente.

Después, fue el sábado:

—Es que hubo problemas con lo del premio "Ollin Yoliztli" (¿Hollín Que Tizni?) y van a llegar el sábado.

(No dejó de parecerme curioso que Bataillon hubiera precedido otra vez a Borges, un año atrás, en la obtención de este premio de tan difícil pronunciación, según declaró el escritor argentino a la

prensa de su país: lo mismo había ocurrido ocho años antes con el premio "Alfonso Reyes".) Después, todo fue cuestión de horas:

—Es que Borges va a recibir un premio en Colombia antes de llegar a México y va a llegar el sábado en la mañana.

—Es que Octavio Paz sólo puede llegar el sábado en la tarde.

—Es que el avión presidencial sale el domingo.

Entre una cosa y otra, tuve que regresar a la Ciudad de México el sábado al mediodía y Borges no había llegado a Morelia. Después me enteré de que esa noche llegaron todos y que sí hubo recital, pero me consolé porque, el jueves siguiente, en la noche, en la sala "Ollin Yoliztli" (¿Hollín Que Tizni?), se repetiría el recital estrella de Morelia. Casi no supe cómo, pero desde el martes ya tenía boleto. También compré para José Luis Arcelus y Begoña Zorrilla, la pintora con las que tantas complicitades artísticas he tenido.

Recordé mis primeros encuentros con Borges. El primero ocurrió a finales de 1973. Yo egresaba de una impía hepatitis que me había derregado durante tres meses; mi madre, entre abnegada y sabia, me llevó la televisión a la recámara porque "están entrevistando a un escritor que es ciego, no sé si lo conozcas, y con eso de que vas a estudiar letras..." Ella se retiró y recordé un libro de tapas azules, que no tenía, cuyo título era *El aleph*. Recordé las polémicas que ese libro había desatado entre algunos de mis compañeros de preparatoria y mi estupor, porque yo había visto el libro en la antigua librería de *Gigante Mixcoac*, de cuyos anaqueles nada bueno se podía esperar. Mi prejuiciosa ignorancia dictaminó



que ese tal Borges debía ser, con toda certidumbre, un autor de *best sellers*. Ahora, precedido por las muchas noticias que leía en *Excelsior* (el de Scherer), estaba ese caballero argentino adentro de la pantalla y sus manos descansaban sobre un bastón. Sabía que el motivo de la entrevista era que se le había otorgado el premio “Alfonso Reyes”, en su versión 1973, y sabía que los primeros premiados habían sido Alejo Carpentier y Marcel Bataillon.

En la Capilla Alfonsina, Borges habló de muchas cosas que la estulticia del momento me impedía entender y apreciar, así que, para mi vergüenza, sólo recuerdo los siguientes temas: López Velarde (el agua de chía, la “Suave Patria”), Reyes (la amistad entre ambos escritores, el privilegio de estar en su biblioteca –que él no podía ver– y lo gracioso que le resultaba el hecho de que la hubieran llamado “capilla”) y Spinoza (afirmaba que dejaría de escribir cuentos –mentira– para dedicarse a la elaboración de un largo ensayo acerca del pensamiento de este autor judeoflamenco –mentira–).

Tres años después, en la facultad de Filosofía y Letras, me volví a encontrar a Borges. Ya tenía más información y más lecturas modernas, pero me sentí poco menos que un analfabeta funcional después de *Ficciones* y *El aleph*: me perdí en las bifurcaciones de cada sendero de su jardín y no supe ni qué responderle. Sin embargo, la publicación de *El libro de arena* (su quinto volumen de cuentos), en 1976, me empujó a leerlo desde otra perspectiva y creo que fue a través de “Ulrica” que comenzamos a entendernos. Es cierto que todavía tuvimos algunos problemas de comunicación cuando me acerqué al soneto “Una rosa y Milton”, pero nuestra común amistad con José Luis Arcelus, Blanca Luz Pulido y Germán Dehesa siempre allanó los malos entendidos.

Sin darme cuenta, entre 1976 y 1981 no sólo hablaba más fluidamente con él, sino que daba clases acerca de sus cuentos y poemas y fui descubriendo un círculo borgeano muy amplio, avalado por la inteligencia de sus integrantes: uno de los más vehementes lo encontré durante la maestría en Letras, en la UNAM, en la clase que presidía Antonio Alatorre. El propio Alatorre, Aline Pettersson, Germán

Dehesa, Guillermo Sheridan, Héctor Valdés, José Luis, Blanca y yo nos enzarzamos en largas sesiones acerca de los poemas, cuentos y ensayos que tantos tropiezos me habían ocasionado durante la licenciatura. Ya creía sabérmelas de todas, todas, pero tuve que admitir humildemente que no era cierto (¿qué era el mapa de Royce? ¿dónde encontrar la *Anatomía de la melancolía* y las obras de Swedenborg? ¿quién era Almafuerte? ¿quién, Xul Solar?, y así seguían más preguntas, casi hasta el infinito). Sin embargo, me sentía con las suficientes llaves en la mano como para casi tener derecho de picaporte en su departamento de la calle México, en Buenos Aires.

A las seis de la tarde de ese jueves otoñal, entre el gentío, que era multitudinariamente filoborgeano y minoritariamente filopaciano, pensé que, gracias a José López Portillo y a su ocurrencia de premiar con una suerte de Nóbel mexicano al escritor argentino, los ahí presentes, amistados por la amistad con Borges, podíamos estar con él, aunque fuera así. Una poetisa uruguaya, cerca de mí, protestaba con José Luis Cuevas, Julieta Campos y Danubio Torres Fierro (el secretario de redacción de *Revista de la Universidad*, en esos tiempos) por la falta de delicadeza del gobierno. Con su acento uruguayo reclamaba: “nosotros venimos con Octavio, ¿por qué tenemos que padecer esto?”. “Por mahoma”, pensé.

Finalmente, a las siete, se abrieron las puertas interiores del teatro y la multitud ingresó como pudo, a donde pudo (por allá fue a dar la poetisa, a peor lugar que el mío). Nosotros quedamos muy cerca del escenario, hacia el centro. El teatro se llenó y, pronto, las escaleras y los corredores también se atestaron, no obstante las protestas del maestro de ceremonias, desde un micrófono que debía estar situado en la cabina de control.

El recinto zumbaba. Unas edecanes preparan micrófonos, vasos con agua y flores. Las mesas sobre el proscenio simulan una herradura para dejar seis lugares, tres a cada lado. En el centro, un atril para el lector. Luz cenital. Al fondo, en letras blancas sobre azul rey, la leyenda “Recital Internacional de Poesía. México, DF. DIF. Sala Ollin Yoliztli (¿Hollín Que Tizni?). DDF.” Murmullos, pruebas de micró-

fonos. Casi van a dar las ocho. Las edecanes se retiran del proscenio. Las luces de escenario se encienden y baja la intensidad de las de gradería. Un silencio inexplicable responde a ese juego luminoso.

De pronto, sin previo aviso, acompañado por una edecán, ingresa por el lado derecho un hombre muy parecido a Larry, el de los tres chiflados, pero con anteojos. El locutor parece tan desconcertado como el público, pues nadie esperaba una aparición tan súbita. Finalmente, dice: "Allen Ginsberg". No me parece mal que esté ahí (aparte de Borges y Octavio Paz, los dos hispanoamericanos importantes, nadie está enterado de quiénes son los demás invitados a leer). Aparte de simpático, su poesía es extremadamente informal y en Morelia había causado una grata impresión por decir sus textos acompañándose con un organillo de cuerda y teclado. Después, nadie.

Al cabo de cinco minutos, el locutor anuncia que "Jorge Luis Borges", pero él ya avanzaba (traje azul claro, camisa blanca, corbata roja), del brazo de otra edecán. Su cabello blanco parece irradiar una luminosidad de viejo aeda. Camina totalmente erguido, sin encorvarse, y es mucho más delgado de lo que se hubiera creído. Sostiene su bastón con la mano izquierda. Cuando el locutor va en la sílaba 'Bor', el público ya no lo deja oír: aplaude sin tregua, de pie y emocionado, a ese viejo que transfiguró las ideas, el lenguaje y la literatura del siglo xx desde su biblioteca bonaerense. Pasan diez minutos. Al principio, Borges agradece los aplausos antes de sentarse. Como no cesan, él también aplaude, pensando que entran más escritores, hasta que Ginsberg, junto a él, le dice al oído que la ovación es suya. Lo ayuda a levantarse para que agradezca de nuevo.

(Me he vuelto parte de ese aplauso incondicional, una suerte de laurel que los lectores le otorgan, a falta de mejor cosa, a un hombre que tanto ha dicho para tanta gente. Recuerdo al Beethoven sordo que no podía escuchar los aplausos del público, después del estreno de la *Novena Sinfonía*, hasta que Amalie Sebald, la soprano, le vuelve la cara con las manos para que mire el fervor de todos: Borges no podía ver a quién se dirigía ese ruido de palmas.)

Está a punto de ingresar el siguiente poeta, pero lo detiene la voz del locutor: "estimado público, favor de recibir de pie a la primera dama del país; recibámosla con una ovación". Algunos aplauden, pero brevemente; los demás, abuchean. Finalmente, ingresan Günther Grass, Octavio Paz (con el brazo izquierdo escayolado y una ovación entusiasta, pero no muy larga), una poetisa griega cuyo nombre se me ha escapado, a pesar de que me gustaron sus poemas, y, ¡horror!, el soviético vociferante.

Ginsberg abre la noche. Ahora usa unos palitos australianos que producen una resonancia rítmica capaz de cubrir el silencio de la sala mientras salmodia su larguísimo poema. Nadie se aburre: él es un espectáculo que recuerda a los juglares.

El siguiente, Borges. No hemos hecho otra cosa que esperar ese momento. Pienso en el poema que va a decir. ¿Tal vez, "Otro poema de los dones"? ¿"Spinoza"? ¿"Límites"? ¿"El suicida"? ¿"Las causas"? ¿"Adrogué"? De la misma manera que Ginsberg, no se dirige al atril sino que se prepara para hablar desde su lugar. Comienza a decir algo ininteligible y sólo se perciben el tono de su voz y el suave acento porteño: el micrófono le queda demasiado lejos. Una edecán se acerca para colocarlo frente a él y, ahora sí, alcanza a distinguirse con claridad la siguiente frase:

—Disculpe, es que no veo.

Hay quien aplaude. Borges dice:

—De *Para las seis cuerdas*, las siguientes dos milongas.

Desde luego, no es ninguno de los poemas que queríamos, pero es comprensible: son textos breves y fáciles para su memoria; tal vez, quiera ofrecer una muestra "argentina" de su producción; tal vez, se esté burlando de nosotros; tal vez, está cansado. No importa. El aeda, maestro de generaciones, es el que habla. Para quien lo crea un asunto fácil, la segunda milonga concluye con estos poco folcloristas versos:

*Así de manera fiel*

*Conté la historia hasta el fin;*

*Es la historia de Caín*

*que sigue matando a Abel.*

De nuevo, los arquetipos borgeanos, el malabarismo cultural, la mirada luminosa donde sólo parecía haber una nostalgia de barrio y compadritos. Antes del aplauso, pienso en Glinka, sentado en el palomar del teatro de San Petersburgo, en 1831, durante el estreno ruso de la *Novena Sinfonía*. Él, que podía mirar el bullicio de la ciudad afuera del teatro (los coches de caballos, las personas con prisa, la nieve) y, a la vez, escuchar la transformación que le producía esa música insospechada, se hacía esta pregunta: "¿cómo pueden seguir con su rutina mientras suenan estas notas?" Yo me preguntaba: "¿puede la ciudad concebir que, en este momento, uno de los artistas más grandes del siglo xx está hablando para nosotros, en el Sur?"

El recital siguió. Borges aplaude cortésmente. Sus manos son muy largas y delgadas y se mueven con mucha elegancia. Después del intermedio, siguen Grass, Paz y, ¡horror!, cierra el soviético. Mientras trepida con sus campanas, Ginsberg y Borges murmuran algo; después, sonríen. Me doy cuenta de que, en ese momento, la amistad entre nosotros acaba de amplificarse con los gestos de la complicidad y la coincidencia. También sonrío, como Begoña y José Luis.

Al terminar, los poetas son escoltados tras bambalinas y un grupo de guaruras impide que el entusiasmo rebase los límites del proscenio. Allá va Borges, con su cabeza radiante; en muy poco tiempo, deja de verse, oculto por la madera. El escenario queda vacío. El locutor anuncia que se retira la primera dama. Rechifla.

Como después de toda emoción intensa, salgo a la noche estrellada con ojos húmedos y el cuerpo

tembloroso. Pienso en Schubert, que siempre asistió a los conciertos de Beethoven y llegó a vivir a una cuadra de su casa y siempre se resistió a ser presentado con el maestro. Lo entiendo. ¿Qué podría decirle a Borges si me fuera dado estrechar su mano y rozar su vida fugazmente? Con seguridad, varios lugares comunes acerca de él

y su obra; con certeza, algunas frases convencionales que no representarían lo que pienso de él y que él no merecería. Prefiero seguir nuestro diálogo incesante, rico, fecundo, a través de sus libros y de mis cavilaciones acerca de su obra interminable.

En ese momento (hoy, también), podía escucharlo con los ojos. Durante el verano de 1986, el 14 de julio me sorprendió con su muerte. Este otoño, después de más de quince años, tengo que incluirlo en esa conversación con los difuntos que es propia de los libros. Sin embargo, no hay olvido. Cada vez que abro alguna de sus páginas, retomamos

nuestras viejas alegrías y vuelvo a caminar junto a él, escuchándolo, intercalando uno que otro silencio en la felicidad de su discurso. Cada jardín es siempre nuevo y las bifurcaciones han dejado de ser laberintos ciegos. Es curioso, pero en esos momentos se me pierde el reencuentro de 1981 y pienso en todos los otros, en aquellos en los que, sin público ni ruido ni ceremonias fatuas, hemos podido hablar de nosotros. A veces, le enseño algún poema, cierto cuentecillo o el ensayo que le dediqué a su obra, y me basta y sobra la sonrisa comprensiva que les dedica. Hoy somos más amigos y nos conocemos mejor que cuando lo vi en la sala "Ollin Yoliztli". Sólo en el crítico umbral del cementerio podré decir, como él: *espacio y tiempo y Borges ya me dejan.* ■



